

(hijo de Napoleón) no hubiese muerto y hubiese hecho una tentativa?

—Hubiera salido mal: yo así lo creo al menos.

—Es verdad: olvidaba que, según vuestras opiniones republicanas, Napoleón no debió ser para ellos más que un tirano.

—Perdonad, señora, yo lo miro bajo otro punto de vista; en mi opinión, Napoleón fue uno de esos hombres elegidos desde el principio de los tiempos, los cuales reciben de Dios una misión providencial.

A estos hombres se los juzga, no según la voluntad humana que les hace obrar, sino según la voluntad divina que los inspira, no según la obra que han hecho, sino según el resultado que ha producido. Cumplida su misión, Dios los vuelve a llamar, creen morir, solo van a dar cuenta.

—¿Cuál era, pues, la misión del emperador en vuestro sentir?

—Una misión de libertad.

—¿Sabeis que, cualquiera que no fuese yo, os pediría pruebas de ello?

—Y os las daría a vos misma.

Cuando Napoleón, ó mas bien Bonaparte, apareció á nuestros padres, señora, la Francia salía no de una república sino de una revolución. En uno de sus accesos de fiebre política había adelantado tanto á las demás naciones que había roto el equilibrio del mundo; era preciso, pues, un Alejandro para aquel Bucéfalo; un Androcles para aquel león. El 13 de vendimiarlo los puso cara á cara: la revolución fué vencida. Los reyes que debieran haber reconocido un hermano en el cañon de la calle de Saint-Honoré, creyeron tener un enemigo en el dictador del 48 de brumario: tomaron por cónsul de una república al que era ya jefe de una monarquía, y los insensatos en vez de aprisionarle con una paz general le hicieron una guerra europea. Entonces Napoleón llamó á sí todo cuanto había de joven, valiente y entendido en Francia y lo derramó por el mundo. Hombre de reacción para nosotros se encontró serlo de progreso para los demás, y por doquier que pasó arrojó al viento el grano de las revoluciones. La Italia, la Prusia, la España, el Portugal, la Bélgica, la Rusia misma, han llamado despues sucesivamente á sus hijos á la sagrada siega, y él como un labrador cansado de su trabajo los ha mirado con los brazos cruzados desde la cima de su roca de Santa Elena. Allí tuvo una revelación de su misión divina, dejó caer de sus labios la profecía de una Europa republicana.

—¿Y creéis, repuso la reina, que si el duque de Reichstad no hubiese muerto, hubiera continuado la obra de su padre?

—A mi parecer, señora, hombres como Napoleón, no tienen padres ni hijos: nacen como meteoros en el crepúsculo de la mañana, atraviesan de uno á otro horizonte el cielo que iluminan y van á perderse en el crepúsculo de la tarde.

—¿Sabeis que lo que decís es poco consolador para aquellos de su familia que conserven alguna esperanza?

—Así es, señora, porque nosotros no le hemos dado un lugar en nuestro cielo, sino á condición de que no dejaria heredero en el mundo.

—Y sin embargo, ha legado su espada á su hijo.

—El don le ha sido fatal, señora, y Dios ha anulado el testamento.

—¡Oh! me asustais, porque su hijo la ha legado al mio.

—Será pesada de llevar á un simple oficial de la Confederación suiza.

—Si, teneis razon; porque esta espada es un cetro.

—Tened cuidado, señora, de estraviaros, mucho temo que no vivais en esa atmósfera halagüeña y embriagadora que llevan en pos de sí los desterrados. El tiempo que corre para los demás parece estar detenido para los proscritos. Siempre ven á los hombres y á las cosas del mismo modo que las dejaron, y sin embargo los hombres cambian de faz, y las cosas de aspecto: la generación que ha visto pasar á Napoleón de vuelta de la isla de Elba se extingue todos los dias y aquella marcha milagrosa ya no es un recuerdo, sino un hecho histórico.

—Así creéis que no hay ya esperanza para la familia de Napoleón de volver á entrar en Francia.

—Si yo fuese el rey, la llamaria mañana.

—Yo no quiero decir de esta manera.

—Pues de otro modo tiene pocas probabilidades.

—¿Qué consejo dariais, pues, á un individuo de esta familia que soñase la resurrección de la gloria y del poder napoleónico?

—Le aconsejaria que despertase.

—¿Y si á pesar de este consejo, que para mí ver es el mejor, persistiese aun y os pidiese otro?

—Entonces, señora, le diria: que obtuviese se le levantase el destierro, comprase tierras en Francia, se hiciese elegir diputado, dispusiese por medio del talento de la mayoría de la cámara, y se sirviese de ella para derribar á Luis Felipe y hacerse elegir rey en su lugar (1).

—¿Y pensais, repuso la duquesa de Saint-Leu con melancolía, que cualquiera otro medio seria vano?

—Estoy convencido de ello.

La duquesa suspiró.

En aquel momento la campanilla llamaba al almuerzo, y nos dirigimos al castillo pensativos y silenciosos: durante toda la vuelta no me dirigió ni una palabra la duquesa; pero

(1) El éxito ha comprobado la exactitud del plan de Alejandro Dumas.—Luis Napoleón vuelve del destierro, es diputado, presidente de la república y emperador.

al llegar al umbral de la puerta, se paró y me dijo mirándose con una expresión indefinible de angustia:

—¿Hubiera querido que mi hijo hubiese estado aquí, y oído todo cuanto me acabais de decir!

#### CONTINUACION Y DESENLACE DE LA HISTORIA DEL INGLÉS QUE HABIA TOMADO UNA PALABRA POR OTRA.

Despues de almorzar me despedí de la señora duquesa de Saint-Leu: encontré á Francesco en Steikborn á donde le habia mandado de correo, y en donde me aguardaba ya con un carruaje: marchamos en seguida, sobre las ocho de la noche llegamos á la fonda de la Corona en Schaffausen.

El dia siguiente me fui á pasear en cuanto me levanté, por la ciudad, y la primera cosa que se presentó á mis ojos en la plaza misma de la fonda, fué una estatua que representaba á un hombre del siglo XV, con el puño de la mano derecha cortado, circunstancia que, como se adivina, despertó inmediatamente mi curiosidad. Era evidente que á aquella mutilación debia de ir unida alguna leyenda. Buscaba con los ojos á alguno que pudiese ponerme al corriente de la historia particular del individuo representado, cuando descubri en el umbral de la posada á un mozo de la fonda fumando flemáticamente en su pipa de espuma de mar, hojas secas de cualquier yerba que le habian vendido por tabaco. Me fui á él, pensando que á nadie podia dirigirme mejor para saber por qué causa habian cortado la mano de aquel personaje, cuya biografía deseaba conocer. Mi mozo se quitó gravemente la pipa de la boca, estendió la mano con dirección á la estatua, y me respondió: la historia está escrita. Confiado en esta indicación, me volví hácia el manco, lo miré desde la cabeza á los pies, pero no vi la mas mínima línea caligráfica: creí que mi hombre habia querido burlarse de mí, y me volví con intención de darle las gracias por su atención.

—Y bien, ¿habeis leído? me dijo mi hombre con la misma calma.

—¿Cómo queréis que lea si no hay escrito nada?

—¿Habeis mirado por detras?

—No.

—Pues bien, mirad.

Volví en busca de la inscripción, y dando vuelta al pedestal vi unas letras medio horra-

das; felizmente adiviné el resto leida la primera palabra; era este verso de Virgilio.

*Auri sacra fames, quid non mortalia pectora cogis?*

Era una hermosa sentencia cuya verdad reconocia; pero que podia aplicarse á tantas circunstancias, que nada me revelaba de lo que deseaba saber: así, pues, me dirigí de nuevo á mi hombre.

—¿Y bien! me dijo.

—Lo he leído.

—¿Estareis contento?

—No.

—¿No habeis encontrado una inscripción?

—Sin duda; pero no dice por qué tiene el puño cortado aquel hombre.

—Entonces, me dijo desdenosamente el cocinero, es que no sabeis latin!

De aquí no pude sacarle, de modo que á mi pesar tuve que contentarme con aquella respuesta, un poco humillante para un hombre que sabe el Virgilio de memoria.

Ademas, como al decir del mismo cicerone no habia otra cosa que ver en Schaffausen, volví á entrar en la fonda, de la que contaba marchar despues de mi desayuno. Aproveché el mozo este momento para traerme el libro de viajes, á fin de que escribiese en él mi nombre. Al fijar maquinalmente la vista en la última página, reconocí el nombre de sir Williams Blundel que habia pasado por allí hacia doce dias. Mandé llamar al fondista desconfiando de la inteligencia del criado, para preguntarle acerca del inglés. La manera con que me habia dejado sir Williams en Zurich, me tenia algo inquieto; esos caracteres tímidos y concentrados, tienen tristezas tanto mas profundas en cuanto se parecen á la calma, y desesperaciones mas mortales porque no tienen gritos y lágrimas: resultando de esto que sus heridas sangran interiormente, y sofocan casi siempre la expansión de los dolores. Deseaba saber qué aspecto tenia mi compañero de viage, lo que habia hecho durante su estancia en Schaffausen, y por último qué camino habia tomado al marchar.

Entró el fondista: era un hombre gordo y al parecer de alegre humor. Sin embargo, por el pronto dió á su rostro tal expresión de dolor oficial que contrastaba con la fisonomía que le habia dado la naturaleza en un momento de hilaridad que pensé que me iba á anunciar alguna desgracia. En efecto, antes de que yo hubiese abierto la boca, me interrumpió diciendo: ¡Ah! señor! si yo hubiese sabido ayer vuestro nombre, me hubiera apresurado inmediatamente á entregarle la carta de su amigo. Al decir esto, mi huésped lanzó un suspiro que ni bien era sollozo ni bien hipo.

—¿De qué amigo? le dije?

—¡Oh! era un joven muy amable y muy completo si no hubiese tenido aquella locura!

continuó descomponiendo cada vez mas su semblante.

—Pero, ¿quién es ese loco? le interrumpí.

—¡Ay! ay! continuó el fondista: está curado ahora.

La muerte es un gran médico.

—Pero en fin, ¿quién se ha muerto? hablad.

—¡Cómo! ¿con que no lo sabeis? me dijo el fondista.

—Yo no sé nada: vamos.

—Ni tampoco sabeis que no se ha encontrado su cuerpo?

—¿Pero el cuerpo de quién? decid.

—El del otro nada importaba, porque no había parado aquí y se había ido al Halcon de Oro; podía el diablo llevarse su cuerpo, pero el de ese pobre Mr. Williams que se parecía á una jóven. ...

—¡Cómo! exclamé: ¿sir Williams ha muerto?

—Sí, mi querido amo.

—¡Dios mio! ¿y cómo ha muerto?

—Ahogado; á pesar de todo cuanto le dije.

—¡Muerto! ahogado!

—¡Ay! sí, aquí teneis la carta que os ha escrito.

Alargué maquinalmente la mano, y tomé la carta, pero sin leerla; tan abismado me había dejado lo inesperado de aquella noticia.

—En vano le repetimos que era una locura, continuó el fondista: cuanto mas se le decía el peligro, mas terco se mostraba.

—Pero en fin, repliqué volviendo en mí, ¿cómo le sucedió esa desgracia? porque habiendo un accidente y no un suicidio, ¿no es verdad?

—¡Jum! jum!... Dios sabe el fondo de la verdad: pero en cuanto á mi estoy en que atentó contra su vida. ¿Queréis que os lo diga? me parece que aquel hombre tenía un grande pesar en el corazón.

—No os equivocais, amigo mio: pero dadme algunos detalles. ¿Cómo ha muerto? ¿ahogado, zozobró su barca, ó fué bañándose?

—No, señor, no, nada de eso; imaginaos... es toda una historia: oid.

—Pues bien, contádmela.

—Pues habeis de saber..... perdonad si tomo asiento.

—Sentaos, sentaos..... tan impaciente estoy que me olvidaba de ofrecéroslo.

—Como os iba diciendo, hace tres semanas que llegaron á Schaffausen dos elegantes ingleses, y fueron á parar no sé por qué á la fonda del Halcon de Oro; pero nada tiene de particular, porque el fondista es un intrigante. ¿Creeréis que va á esperar á los viajeros en la puerta de Constanza y que allí. ...

—Amigo, volvámonos á nuestro asunto que es lo que me importa; ¿qué sucedió despues que los ingleses estuvieron en la fonda del Halcon de Oro?

—En Schaffausen, hay pocas cosas que ver, pero á una legua ó legua y media de aquí te-

nemos el famoso salto del Rhin, del que habreis sin duda oido hablar, pues el rio se precipita á una profundidad de setenta pies.

—Amigo mio, todo eso lo sé: volvamos á los ingleses.

—Habian venido, pues, para ver el salto, y por consiguiente tomaron un guia que les acompañase, aunque no es necesario tomarlo, pues el camino tiene veinte y cuatro pies de ancho, pero el propietario del Halcon de Oro, les dijo: millores, es necesario tomar un guia. Ya comprendéis, como que el guia le da un tanto por los parroquianos que le proporciona....

—¡Bueno! ya sé yo á que atenerme sobre el fondista del Halcon de Oro, y en prueba de ello veis que me he venido á vuestra fonda; pero os advierto que sino acabais pronto vuestra relacion, tendré necesidad de ir á pedir que me la haga vuestro compañero.

—¡Ya voy! ya voy, señor; pero permitidme que os diga que el otro no os la sabria contar como yo, porque no es mas que un charlatan que....

Levantéme con impaciencia, y el fondista conoció mi demostracion hostil; me hizo seña con la mano de que iba á acabar, y continuó.

—Estaban los dos ingleses delante del salto del Rhin, mas abajo del castillo de Lauffen; miraron algun tiempo el rio que de repente se cambia en una cascada, y se precipita de setenta pies de altura: estaban sin abrir la boca ni pestañear siquiera, cuando de pronto el mas jóven dijo al mas anciano: apuesto veinte cinco mil libras, á que bajo por la cascada en una barca. El mas viejo dejó caer aquella provocacion, cual si no la hubiese oido, tomó su lente; miró el agua espumante, bajó algunos pasos á fin de descubrir el abismo donde el rio se precipitaba, despues se volvió á su camarada y le dijo con la misma flemma tranquilamente: yo apuesto á que no.

Dos horas despues volvieron los dos amigos á Schaffausen, y se hicieron servir la comida como si nada hubiese pasado.

Despues de comer, el mas jóven mandó á llamar al fondista, y le preguntó en donde podría comprar una barca.

Al dia siguiente fueron á buscar por los talleres, con el fondista, quien les vendiese una barca. No hallaron ninguna que les conviniese, encargaron una nueva: con las instrucciones que el inglés dió para su construccion, y por algunas palabras que se le escaparon, adivinó el constructor el objeto con que se le encargaba el barco. Sir Arturo Mortimer, que así se llamaba el mas jóven, no teniendo ningun motivo para ocultar su proyecto, le contó la apuesta. Peter hizo cuanto pudo para disuadirle, pero sir Arturo se impacientó y se levantó para ir á otro taller á hacer el encargo. Entonces Peter vió que era una resolucion invariable, que no pudiendo cambiarla nadie,

tanto valia que se aprovechase él de ella como otro; tomó el dibujo que le habia hecho sir Arturo, y prometió la barca para el domingo siguiente.

El mismo dia se difundió la voz por los alrededores de que un inglés habia apostado saltar la cascada del Rhin; nadie podia creerlo, tan loca parecia la resolucion. Todo el mundo iba á preguntar la verdad á Peter, que contestaba enseñando su barca, que comenzaba ya á tomar forma. El inglés acudia á ver todos los dias si adelantaba, hacia tranquilamente sus observaciones, las cosas marchaban lo mejor del mundo.

En esto llegó á Schaffausen sir Williams Blundel que vino á parar en mi casa. Parecia triste y abatido, le pedi sus órdenes: tartamudeó algunas palabras que no entendí: no importa, le hice llevar al mejor cuarto de la fonda, que es este mismo, y se le sirvió una comida, como no la hubiera visto jamás, os lo aseguro, en el Halcon de Oro. Cuando su ayuda de cámara bajó, le pregunté si su señor estaria mucho tiempo en Schaffausen; supe que marcharia al dia siguiente por la mañana. Inmediatamente me ocurrió una idea para detener á sir Williams hasta el domingo siguiente: me parecia cosa fácil con decirle lo que se iba á verificar aquel dia.

En consecuencia, cuando creí que estaria á los postres subí á su cuarto y entré discretamente y sin ruido. Tenia en la mano, sobre la cual apoyaba su frente, un pedazo de velo verde, y parecia abismado en tal tristeza que no reparó en mí. Le hice tres reverencias sin poderle sacar de su meditacion: en fin, viendo que necesitaba añadir la voz á la pantomima, le pregunté si estaba contento de la comida.

Mi voz le hizo estremecer, levantó la cabeza, me vió en pie delante de él, é inmediatamente ocultando el pedazo de velo en su bolsillo:

—Sí, muy contento, muy contento, me dijo.

En aquel momento reparé que no habia probado nada de la comida: comprendí que tenia el esplin. Fué mas vivo mi deseo de distraerlo.

—El ayuda de cámara de milord ha dicho que su gracia marchaba mañana.

—Sí, esa es mi intencion.

—¿No sabe milord, tal vez, lo que aquí pasa?

—No, no lo sé.

—Si milord lo supiese se quedaria, sin duda alguna.

—¿Pues qué pasa?

—Una apuesta, milord; un compatriota de vuestra gracia ha apostado que saltará la cascada del Rhin en una barca.

—¿Y qué hay de admirable en eso?

—¿Qué hay de admirable? Que hay mas de ciento noventa y nueve probabilidades de que ha de perecer.

—¿Estais seguro? me preguntó sir Williams, mirándome de hito en hito.

—Segurísimo, milord.

—¿Cómo se llama mi compatriota?

—Sir Arturo Mortimer.

—¿En donde pára?

—En la fonda del Halcon de oro.

—Hacedme acompañar hasta allí, quiero hablarle.

Tuve un momento de terror, pensé que sir Williams, descontento con la comida que no habia tocado queria cambiar de fonda, y ya concebís que no era por la pérdida, sino por la humillacion; en consecuencia mandé al mas inteligente de los criados, aquel que os ha dado todos los detalles sobre la estatua á que le falta la mano: ¿no os acordais?...

—Sí, sí.

—¿Como hablaba inglés le mandé pues acompañarse á sir Williams á la fonda del Halcon de Oro y que se hiciese todo ojos y oídos. No tuve necesidad de recomendárselo dos veces; no solo acompañó á sir Williams hasta el cuarto de sir Arturo, sino que aun se puso á escuchar á la puerta.

Sir Arturo se disponia á comer, y por lo que mi criado pudo sacar del ruido de los tenebres, lo hacia con mas apetito que sir Williams. Recibió á su compatriota con gran politica, se levantó, le ofreció asiento y lo convidó á comer. Sir Williams aceptó el asiento pero no la comida.

Supe con placer esta última circunstancia, pues me probó que el inglés no habia dejado de comer en mi casa por desprecio.

—Mirad, dijo sir Williams, despues de un instante de silencio, perdonad mi indiscrecion, pero por mi fondista de la Corona, acabo de saber que teneis hecha una apuesta.

—Verdad es, señor, respondió sir Arturo.

Al decir esto se saludaron los dos ingleses; pues mi criado que es muy entendido, aunque parece que lo dudais, miraba lo que hacian por el ojo de la llave, de modo que nada se le escapó. Digo pues que los dos se saludaron.

—Está bien, repliqué yo; pero supongo que la conversacion no terminaria así, segun presumo.

—¡Quia! ya vereis.

—Esta apuesta, continuó sir Williams, consiste, segun me han dicho, en saltar la cascada del Rhin en una barca.

—Estais perfectamente enterado, caballero; volviéronse á saludar de nuevo los dos ingleses.

—¡Y bien! milord, dijo sir Williams, vengo á pedir os ser vuestro compañero de viage.

—¿Cómo interesado en la apuesta?

—No, señor, no, como aficionado.

—¿Entonces es únicamente por gusto?

—Por gusto, contestó sir Williams.

Dicho esto se saludaron los dos ingleses por tercera vez.

—Os advertiré que el barco no ha sido encargado mas que para una persona.

—Yo os pido permiso, milord, para pasar

por casa de Peter y darle nuevas órdenes, bien entendido que partiremos los gastos.

—Perfectamente, caballero; si quereis aguardar á que acabe de comer iremos juntos.

Sir Williams hizo una señal de que estaba á la disposicion de su compatriota, y Franz, tranquilo ya sobre ciertos temores que yo le habia hecho concebir, inmediatamente volvió á contarme lo que pasaba.

Desde entonces, continuó mi huésped, sir Williams pareció mas tranquilo, y comía y bebía como vos y como yo: todos los dias iba á hacer su visita á la barca, que adelantaba visiblemente, hasta que estuvo concluida el sábado por la mañana y espuesta al público á la puerta del taller de Peter, de suerte que nadie dudó de que se verificaria el salto el domingo.

Por la tarde despues de comer pidió sir Williams papel, tinta y plumas y pasó la noche escribiendo: á la mañana siguiente temprano, que era el dia de la apuesta, me hizo llamar y me entregó dos cartas, una para vos, que es la que os he dado, y otra para miss Jenny Burdett, y esta, segun sus instrucciones, debia enviarse á Inglaterra: arregló luego la cuenta de los gastos, que me pagó doble; dejó cien francos de propina á los criados, y se levantó para ir á ver á sir Arturo. En aquel momento entraron llorando su lacayo y su ayuda de cámara, venian para hacer la última tentativa para disuadir á su amo, pues segun se les habia dicho debia morir infaliblemente; pero sir Williams permaneció inalterable: en vano le suplicaron arrojándose á sus pies, abrazando sus rodillas. Sir Williams los hizo levantar, les puso en las manos un contrato de cien lises de renta á cada uno, y abrazándoles cual si fuesen sus hermanos, salió sin querer escuchar mas sus observaciones.

Los otros dos ingleses, le esperaban ya en el Halcón de Oro, donde estaba dispuesto un almuerzo. Sentáronse los tres *gentlemen* á la mesa, y sir Williams comió y bebió con buen apetito, pero sin afectacion. El almuerzo duró dos horas: á los postres el compañero de sir Arturo llenó una copa de vino de Champaña, y levantando la mano:

—A la pérdida de mi apuesta, dijo, y á que pueda contar esta tarde sobre esta misma mesa, las veinte y cinco mil libras, que espero tener la dicha de perder.

Los dos convidados respondieron á este brindis, y levantándose de la mesa se fueron al balcon.

La plaza estaba atestada de curiosos. Habian acudido de Constanza, de Appenzell, de Saint-Gall, de Aarau, de Zurich y del gran ducado de Baden. Apenas aparecieron en el balcon cuando todo el mundo les recibió con aclamaciones: saludaron, despues sir Williams mirando el reloj, dijo á su compañero:

—Milord, va á dar la hora; no hagamos esperar á los espectadores.

Sir Arturo pidió tiempo para encender un cigarro, y hecho esto, bajaron los tres ingleses.

La barca se hallaba amarrada á unos cien pasos de Schaffausen sobre la orilla izquierda del Rhin: cerca de la barca, el lacayo del segundo inglés tenia dos caballos de las riendas: el uno era para su amo que debia seguir la barca y el otro para él que debia acompañar á su amo. Sir Williams y sir Arturo se entraron en la barca: lord Murdey, que este era el nombre del tercer inglés, montó á caballo: á una señal convenida, Peter cortó la cuerda que sujetaba la barca. Alzóse un grito en ambas orillas cubiertas de espectadores, empero apenas se hubieron asegurado estos de que la apuesta se iba á verificar, echaron á correr á la caída del Rhin en vez de seguir el curso de la barca, para no perder nada del desenlace de aquel drama, cuya esposicion acababan de ver.

Sir Williams y su compañero se habian abandonado á la corriente del rio, sin valerse de los remos ni para adelantar ni para detenerse. Durante diez minutos casi su marcha fué tan lenta que sir Murdey los seguia con el caballo al paso; entonces se comenzaron á lo lejos á oír los rugidos de la catarata. Sir Arturo apoyó una mano sobre la espalda de Williams, y alargando la otra al lado donde se oía el ruido, le hizo señal sonriendo de que escuchase. Entonces un barquero que estaba sobre las orillas del rio, les dijo que si querian retroceder todavia era tiempo aun, pues él se echaria á nadar para llegar á su barca y conducirlos á la orilla. Sir Arturo se metió la mano en la faltriquera, sacó un bolsillo, y se lo tiró con toda su fuerza al barquero, á cuyos pies cayó. El barquero lo levantó del suelo meneando la cabeza. La barca comenzaba á sentir entonces un movimiento mas rápido; pero tan imperceptiblemente que apenas se habria notado si lord Murdey no hubiese tenido que hacer trotar á su caballo para seguirla.

Cuanto mas se aproximaban, mas formidable era el ruido de la caída del agua: media hora antes de llegar al sitio desde donde se precipita, se distingue bajo de aquel abismo una nube de polvo de agua que rechazada por las rocas, vuelve á subir al cielo como el humo. A esta vista sacó sir Williams de su pecho el pedazo de velo verde que yo le habia visto entre las manos, y lo besó: probablemente era algun recuerdo de su patria, de su madre, de su querida.

—Si, si, interrumpí yo, sé lo que es: continuad.

La barca comenzaba á resentirse tambien de la aproximacion á la catarata porque lord Murdey tuvo que correr á galope para seguirla. Sir Arturo se habia sentado y comenzaba á asegurarse en las banquetas de la barca: sir Williams se quedó en pie con los brazos cruzados y los ojos clavados en el cielo: una rá-

faga de viento le arrebató el sombrero que cayó en el rio.

La embarcacion corria entretanto con creciente rapidez, de modo, que para seguirla lord Murdey se veia obligado á galopar. En cuanto á las gentes de á pie, los que se habian dejado alcanzar de ella, quedaron atrás. Algunas rocas comenzaban ya á sacar fuera del agua su cabeza negra y reluciente, y los atrevidos navegantes pasaban por medio disparados como una flecha. De vez en cuando inclinaba sir Arturo la cabeza fuera de la barca por ver la profundidad del agua, porque habia trechos sin rocas en que por su misma rapidez el agua clara como una sábana dejaba ver el fondo de su lecho. Sir Williams no apartaba sus ojos del cielo.

A trescientos pasos del precipicio, el curso de la barca adquirió tal rapidez que se creyó que tenia alas: por veloz que fuese el caballo de sir Murdey y aunque lo pusó á escape lo dejó atrás como hubiera hecho un pájaro. El ruido de la catarata era tanto que cubria los gritos de todos los espectadores: y os digo que eran muy terribles porque era espantoso ver aquellos dos hombres arrastrados al abismo, no tratando de librarse y sin poderlo hacer aunque lo hubiesen intentado. En fin, durante los últimos treinta pasos hombres y barco no fueron mas que una vision: de repente les faltó el Rhin, la barca precipitada en medio de la espuma botó sobre una roca, uno de los dos pasajeros fué lanzado á la sima, el otro permaneció aferrado al barquillo y fué arrebatado como si fuese una hoja: antes de llegar al fondo de la catarata se les vió otra vez aparecer y dar vueltas un momento y sumergirse.

Casi en el mismo instante salieron á la superficie del agua tablas hechas pedazos, y tomando la corriente fueron arrastradas hácia Kaiserstul. De los cuerpos de sir Williams y de sir Arturo no se ha vuelto á oír hablar mas y lord Murdey pagará las veinte y cinco mil libras esterlinas á los herederos de su compañero.

Ahi teneis palabra por palabra la cosa tal cual pasó, y no hace mucho tiempo, pues fué el domingo anterior.

Habia escuchado esta relacion sin respirar de interés y su desenlace me dejó anonadado. No me equivocaba yo cuando al separarme tan bruscamente de sir Williams en Zurich pensé que alimentaba algun mal designio; pero jamás hubiera creído que fuese su ejecucion tan cercana y tan trágica. Arrepentime de mi viage á los Grisones y caza de gamuzas que me habia separado de mi camino. Si hubiese seguido mi primer itinerario, hubiera llegado á Schaffausen dos ó tres dias despues de sir Williams, y no dudo que le habria quitado de la cabeza la horrible empresa que le llevó á la muerte. Por lo demas dejábase ver bien á las claras que queria deber la

muerte á un azár y no al suicidio: intencion que si yo no hubiese previsto, me la hubiera demostrado la carta que escribió para mi, sencilla y triste como el hombre extraordinario que la habia escrito.

«Mi querido compañero de viage:

«Aunque muchas veces me ha pesado el haberme separado de vos sin una despedida mas amistosa, nunca tanto como ahora en que esta despedida se cambia en adios. Os he abierto mi alma: habeis leído en ella como en un libro: he puesto á vuestra vista todas mis debilidades, todas mis esperanzas, todos mis tormentos. Dios y vos únicamente sabeis que para mí no habia ya felicidad en la tierra mas que en el amor y la posesion de Jenny; asi cuando habeis leído que pertenecia á otro y que era perdida para mí toda esperanza, ó me conociais mal, ó debisteis adivinar en seguida que no sobreviviria á mi desgracia. En efecto, á pesar de estar errante y fugitivo, me quedaba siempre en el fondo del corazon, aquella esperanza vaga y sorda que sostiene al reo hasta el pie del cadalso. Esta esperanza iluminaba horizontes fantásticos y desconocidos como los que se descubren en un sueño; pero parecíame siempre que caminando en la vida concluiria por llegar á ellos; de repente el casamiento de Jenny ha estendido un velo fúnebre entre el porvenir y yo. Mi sol se extingue, no sé ya á donde voy, en derredor mio todo son tinieblas y desesperacion. Bien veis, mi querido poeta, que es preciso que yo muera, porque, ¿qué haria yo de una vida tan solitaria y tan descolorida?

«Pero creedme bien: esta resolucion de morir, no es en mí el resultado de un paroxismo doloroso y agudo: no siento odio ni contra los hombres ni contra las cosas, y lejos de maldecir al Señor por haberme hecho tan incompleto para la vida, le doy gracias de haberme abierto en medio de mi camino una puerta que conduce al cielo. Feliz no la habria visto y hubiera continuado mi camino; desgraciado, me abre la única senda que me promete el descanso; preciso es que busque la sombra pues que mis miradas no tienen fuerza para fijarse en el sol.

«Adios. Cerrada esta carta, escribo á Jenny: sea para ella mi último pensamiento: sabrá que bajo de esta corteza ridicula de que tanto se ha reido sin duda, habia un corazon bueno y decidido capaz de morir por ella. Tal vez hubiera sido mas generoso y mas cristiano no contristar su felicidad con esta noticia, por indiferente que le sea sin duda; pero no tengo valor de separarme de ella para siempre dejándola en su ignorancia y llevándome conmigo mi secreto.

«Adios otra vez todavia: si alguna vez vais á Inglaterra, haceos presentar en su casa, decidle que me habeis conocido; decidle que sin saberlo ella la habia jurado morir el dia que perdiese la esperanza de poseerla, y que

el día que he perdido esta esperanza he cumplido mi palabra.

«Adios! pensad en mí alguna vez, y no os olvidéis al acordaros de mí.»

¡Inútil recomendación! Dos gruesas lágrimas corrieron de mis ojos y cayeron en la carta.

¿Quién hubiera osado reír ante una organización humana tan débil para la vida y tan fuerte para la muerte? En aquella existencia solitaria é incomprendida, había para mí algo de tierno é interesante, un largo martirio moral que tenía una aureola más religiosa que todos los dolores físicos, y una humildad que al doblegarse se hacía más grande que el orgullo.

Resolví consagrar el resto del día entero á la memoria de sir Williams, arreglé mis cuentas con el fondista, encargué á Francesco que me llevase la maleta al castillo de Lauffen: tomé mi palo de viaje y salí de Schaffausen solo con mis pensamientos, siguiendo lentamente la orilla del Rhin, hoy tan solitaria y silenciosa como poblada y bulliciosa algunos días antes para mirar á dos hombres que iban á morir.

Llegué á muy poco al punto en que había estado amarrada la barca, reconocí la estaca y la punta de la cuerda flotando en el agua: arranqué de una viña contigua un sarmiento con pámpanos, lo eché en el río para ver su curso. Así como me lo había dicho el fondista era poco rápido en aquel parage donde nada hacía presagiar la proximidad de la catarata. Continué mi camino.

Al cabo de otro cuarto de hora de camino comencé á oír un ruido sordo de continuo. Si no hubiese tenido noticia de la existencia de una gran cascada de agua á tres cuartos de legua del punto en que me hallaba, hubiera creído que había una tempestad en lontananza. Continué adelantando, y á medida que adelantaba, el ruido se iba haciendo más fuerte. Aquel ruido que en cualquiera otra circunstancia no me hubiera inspirado más que curiosidad, despertaba en mí ahora un verdadero terror. En aquel momento una ráfaga de aire arrebató de un árbol que había en la orilla del camino, algunas hojas amarillentas y secas por el otoño: fueron á caer en el río, cuya corriente las arrebató tan rápida y tan indiferentemente como había arrebatado aquellos dos hombres.

Bien pronto descubrí la nube y húmedo vapor producido por la violencia de la cascada: la corriente del Rhin era cada vez más y más rápida: algunas rocas de extraordinarias y particulares formas asomaban su cabeza fuera del río cual caimanes durmientes: el agua estrellándose contra ellas en su inmensa caída, preludiva lo que iba á hacer: de salto en salto se veían hermosas sábanas lisas en un espejo de una verde esmeralda, dejando ver hasta la arena de su fondo de una manera tan tras-

parente que hubieran podido contarse los guijarros de que estaba sembrado. Al fin llegué al sitio en donde faltando repentinamente el cauce del río se precipita en una sola masa de veinte pies de espesor, y de una extensión de trescientos, en el fondo de un abismo de setenta.

Si he expresado mal el interés que me había inspirado sir Williams, debe formarse una idea del que esperé á este aspecto. La caída de aquella inmensa catarata, que en cualquiera otra ocasión no hubiera producido en mí sino un efecto de curiosidad, me causaba entonces un profundo terror: me parecía que el terreno sobre que me hallaba se convertía de pronto en movedizo; me sentía arrastrado por aquella furiosa corriente; me acercaba al salto; oía los rugidos del abismo: sentía su aliento; era absorbido por la catarata; faltaba el río á mis pies, y caía rodando de abismo en abismo sin aliento, sin voz, sofocado, roto, hecho pedazos. Algunas veces se tienen semejantes sueños, y se despierta uno después en el momento en que se cree morir, vuelve en sí, se palpa, y se ríe, convencido de que es imposible correr semejantes peligros. Pues bien; ¡qué fantástico peligro lo habían corrido dos hombres: aquellas terribles angustias las habían sufrido dos hombres! Se habían visto arrastrados, precipitados, devorados; habían rodado de roca en roca sofocados, rotos, hechos mil pedazos, y no se habían despertado en el momento de morir.

Permanecí como encadenado en la parte superior de la cascada, aunque fuese la menos bella: pero no era su belleza la que yo buscaba: por cualquier punto que yo la examinase al través de la magia de aquella perspectiva, siempre se me aparecía el terror del recuerdo.

Bajé por último importunado por un hombre que, no comprendiendo nada de mi inmovilidad, se esforzaba en explicarme en mal francés que había escogido un mal punto de vista, y que era desde abajo desde donde estaba hermosísima la cascada. Le seguí maquinalmente, aturdido por los mugidos de la catarata, y resbalándome sobre los húmedos escalones en donde caía su agua convertida en vapor. En fin, después de haber bajado casi diez minutos nos encontramos con una construcción de tablas que llaman el *Fischetz*: conduce tan cerca de la catarata que levantando la cabeza se la ve precipitarse sobre uno, y alargando los brazos se la toca con la mano.

Desde aquella vacilante galería es verdaderamente terrible el Rhin por su poder y belleza. Allí faltan las comparaciones: no es el estruendo del cañón; no es el furor del león; no son los rugidos del trueno; es una cosa como el caos; son las cataratas del cielo abriéndose al mandato de Dios para lanzar el diluvio universal: es una masa inmensurable, indescriptible, en fin, la que os oprime, os es-

panta, os anonada, aunque sepáis que no hay peligro de que os alcance.

Sin embargo, sobre esta galería le ocurrió á sir Arturo la idea de bajar la catarata en una barca, y al separarse de ella propuso la apuesta mortal que aceptó lord Murdey: cosa que confieso no la comprendo.

Después de haber visto la caída del Rhin desde el castillo de Lauffen, es decir, desde la parte superior, y en seguida desde Fucheter, esto es, desde la parte inferior, quise verle todavía en medio de todo su curso: á este efecto bajé á lo largo de su orilla como unos cien pasos, poco más ó menos; después hallé en una especie de remanso doce lanchas que esperaban pasajeros para transportarlos á la otra parte del Rhin. Salte á una de ellas, Francesco me siguió con mi maleta y mandé entonces al barquero que me llevase al medio del río. A cien varas de distancia de la cascada está aun tan agitado como la mar en un temporal. Sin embargo, llegados al centro de aquella sábana de agua, hallamos el centro menos agitado. Depende esto de que la catarata está dividida por una roca, á cuyos lados crecen musgos, yedras y arbustos, y encima de la cual hay una especie de veleta representando á Guillermo Tell, y la roca quebranta el agua que se separa espumosa en su base, pero deja detrás de él una línea reposada, tranquila, desnuda, sobre todo, si se la compara con el hervidero de los dos brazos que la rodean. Entonces pregunté á mi barquero si aprovechando aquel espacio era posible subir hasta el pie de la roca, y me respondió que sin ser peligrosa, la cosa era bastante difícil por el empuje de las olas que arrojaban á la barca á un lado ó á otro de la corriente, pero que si le daba cinco francos lo intentaría. Respondí poniéndole en la mano lo que pedía, y se puso á remar hacia la catarata.

Para vencer la fuerza de las olas que nos rechazaban tuvo alguna dificultad, como había previsto el barquero, pero gracias á su habilidad se mantuvo en buen camino. Cuanto más nos acercábamos á la roca, más el río hirviendo á nuestra derecha é izquierda estaba más tranquilo debajo de nuestro barco. En fin, llegamos á un sitio bastante quieto donde nos paramos. Colocados allí en medio mismo de su curso, todo cubierto de su espuma y de su vapor, la catarata era admirable; el sol próximo á ponerse daba un tinte de color de rosa á la parte superior de la cascada, mientras que un iris inflamaba el vapor que se alzaba del abismo saltando, como he dicho, á más de doscientos pies de elevación. Permanecí así estasiado cerca de media hora; en fin, el barquero me preguntó en dónde quería hacer noche; respondí que pensaba pasarla andando, á cuyo efecto iba á buscar un carruaje en Neuhansen ó en Altemburgo, pues no habiendo cosa notable que ver, trataba de

aprovechar la noche y hallarme por la mañana á unas diez leguas de Schaffausen.

—Si no necesitáis más que un medio de transporte, me dijo el barquero, y os es igual el dormir en una lancha ó en un carruaje, no es preciso que vayáis á Neuhansen ni á Altemburgo, porque no tengo más que tomar los remos, y nos marcharemos en seguida más rápidos que si nos llevasen los dos mejores caballos del ducado de Baden.

Era tan tentadora la proposición que encontré la cosa muy bien pensada. Nos arreglamos en el precio de diez francos pagaderos en Kaicerstul. Apenas se concluyó el ajuste, cuando el barquero cesó de oponerse á la rapidez de la corriente, y cual me había prometido, la barquilla, ligera como una golondrina, se alejó de la cascada con una rapidez que durante algunos minutos nos quitó la respiración.

Durante diez minutos casi, pudimos todavía abarcar todo el conjunto de la cascada, menos grande de lejos que de cerca, en atención á que de cerca la caída misma limita el horizonte, mientras que de lejos no es más que el adorno principal del cuadro, sus accesorios son pobres y mezquinos. El castillo de Lauffen es poco pintoresco; su pesada arquitectura se aplanaba sobre la cascada. La aldea de Neuhansen es insignificante por no decir más; en fin, las viñas que rodean aquellas dos fábricas no contribuyen poco á darles un aspecto rústico de los más anti-poéticos. Se necesitaba para hacer un digno cuadro de aquella magnífica catarata los pinos de Italia, los álamos de Holanda, ó las hermosas encinas de Bretaña.

Al primer recodo que forma el río se pierde toda aquella perspectiva; pero todavía oí por largo tiempo el mugido de la cascada, y percibí por encima de los grupos de árboles que adornan las sinuosidades del Rhin el blanco vapor que forma sobre la catarata una eterna nube. En fin, la distancia disminuyó aquel ruido; las tinieblas me ocultaron el vapor, y comencé á pensar en los medios de pasar en mi barca la noche lo menos mal posible; levantábase del río una humedad penetrante, un viento fresco corría en su superficie, y para preservarnos de aquel doble inconveniente, no tenía más que una blusa de lienzo crudo y un pantalón de cutí blanco. Traté de remediarlo acostándome en el fondo de la barca; formé con la maleta una almohada: me metí las manos en los bolsillos, y gracias á estas precauciones logré entrar victoriosamente en reacción contra el fresco aliento de la noche; además, andábamos bastante bien: veía de ambas orillas huir los árboles, las viñas y las casas; esta vista concluyó por producir en mi imaginación el efecto de un vals demasiado prolongado. La cabeza me daba vueltas; cerré los ojos, y mecido por la corriente del agua acabé por caer en una especie de soñolencia que no era

ni velar, ni tampoco dormir. Por muy adormitado que me hallase me sentía despierto, y un frío general se apoderó de mi cuerpo comprendiendo que tenía necesidad de sacudir aquel entorpecimiento y calentarme en el pensamiento; empero no tenía valor para ello, y me dejé dominar de aquel doloroso letargo. De tiempo en tiempo me sentía arrastrado mas rápidamente, oía un ruido mas fuerte y mas espantoso: levantaba mi pesada cabeza, me veía disparado como una flecha bajo un arco del puente contra el que el río lleno de espuma venía á estrellarse. Sentí entonces un vago instinto de peligro; tembló todo mi cuerpo; empero sin embargo, no era bastante para despertarme el terror. Continuaba mi pesadilla, y conocía que de minuto en minuto se entorpecían mas y mas mis miembros, y que la especie de sueño mismo que agitaba mi cerebro se hallaba próximo á borrarse y extinguirse. En fin, entré en un completo sopor, gracias al cual, si hubiese caído al agua, seguramente me hubiera ahogado sin conocerlo y creyendo continuar mi sueño. No sé cuánto tiempo duró este letargo, sentí que hacían cuanto podían por sacarme de él; ayudé lo mejor que pude los esfuerzos de Francesco y del barquero; gracias á este concurso de buena voluntad de mi parte y de esfuerzos de la suya, pasé felizmente del fondo de la barca á un castillo; despues me hallé en una cama buena, caliente, en la que me fui desentumeciendo poco á poco. Pude entonces preguntar en qué parte del mundo me hallaba, y supe con bastante indiferencia que habitaba el *Castillo Rojo*, y que mediante una retribucion recibía la hospitalidad del gran duque de Baden.

#### KOENIGSFELDEN.

A la mañana siguiente marchamos al amanecer; mi noche había sido una larga pesadilla, en que la realidad se mezclaba con el sueño; me parecía que mi cama había conservado el movimiento del barco. Me sentía arrastrado por la catarata; mas en el instante de ser precipitado, no era á mí á quien amenazaba el peligro sino á sir Williams. Yo le había vuelto á ver cruzados los brazos y los ojos fijos en el cielo. El pobre joven había trastornado mi sueño. ¿Qué había sido de su cuerpo? ¿Lo haría rodar el Rhin hasta el Océano y le arrojaría este á las playas de Inglaterra que había abandonado tan desesperado y á las cuales volvía curado? Atravesé el puente que separa el gran ducado de Baden del canton

de Argovia; pero me detuve en medio para echar la última mirada sobre el Rhin: al través de la niebla que nos rodeaba descubrí á cierta distancia sus espumantes ondas, pareciéndome ver á cada instante, en la cúspide de aquellas ondas, levantarse el cuerpo del pobre Blundel: no podía apartarme de las orillas del río, me parecía que al dejarlas perdía mi última esperanza: en fin, fué necesario determinarme, eché mi última mirada, un último adios sobre la corriente del río y tomé el camino de Baden.

Durante una hora caminé en medio de la niebla; pero entre ocho ó nueve de la mañana, calentóse aquella fría y blanca boveda y se puso pálida por un ángulo: atravesaron algunos rayos del sol, la nube se desgarró en tiras, y se fué rozando el suelo, formando valles cuyas paredes parecían sólidas, y montañas de vapores á las que se hubiera creído subir; poco á poco se levantó aquella mar en nubes, subiendo suavemente y descubriendo primero las viñas, despues los árboles, luego las montañas, en fin, todas aquellas islas flotantes sobre la mar del cielo se confundieron en su azul, y concluyeron por mezclarse y perderse entre las límpidas olas del ether.

Entonces se desplegó delante de mí un risueño y gracioso camino, que rico de todos los caprichos de la naturaleza, trataba de distraerme de las emociones de la vispera; los prados con su frescura, los árboles con su murmullo, la montaña con sus cascadas, trataban de hacerme olvidar el crimen del río. Yo me volvía hácia él: el solo continuaba arrastrando una masa de vapores: solo él, como un tirano, trataba de ocultarse á la vista de Dios. No sé como me ocurrió una idea tan peregrina: no sé como tomó realidad en mi espíritu; pero el hecho es que anduve muchas leguas con esta preocupacion que toda mi razon no podía separar. Tal es el orgullo del hombre, pronto siempre á creer con sus instintivos y despóticos recuerdos del Eden, que es el soberano de la tierra, y que todos los objetos de la creacion son sus cortesanos.

Así llegué, al través de un delicioso país, á la ciudad de Baden. Aproveché el tiempo que me pidió el fondista para preparar mi comida y subí á un viejo castillo que domina la ciudad.

Es todavía una de aquellas grandes ruinas feudales dispersadas por la cólera del pueblo. Esta fortaleza llamada la Roca de Baden, quedó en manos de la casa de Austria hasta el año de 1445, época en que los confederados se apoderaron de ella y demoliéndola se vengaron del impenetrable asilo que por tanto tiempo ofrecieron sus muros á sus opresores, que allí resolvieron las campañas de Morgarten y de Sempach.

Desde la cima de aquellas ruinas, que tampoco ofrecen otro interés, se domina toda la ciudad situada á ambos lados del Limmat,

que con sus blancas casas y persianas verdes parece salir de las manos de los pintores y de los albañiles; en segundo término se ven colinas abovedadas que parecen el escabel de las neveras; en fin, en el horizonte se descubre una cordillera gigantesca, los desgarrados y nevados picos de los Alpes, desde la Yungfrau hasta el Glarnich.

Como nada curioso me detenía en Baden, y ya había permanecido bastante tiempo en Aix para satisfacer lo que podía inspirarme el misterio de las aguas termales, me contenté con echar un vistazo sobre las que hierven en medio del Limmat (su calor, que es de treinta y ocho grados, es debido, dicen al gipso) cubiertas de capas de piedras calcáreas que forman el Legesberg, á través del que se filtran. Doy esta opinion por lo que valga, apresurándome, sin embargo, á declinar su responsabilidad.

Lo que ademas me atraía como un iman era el deseo de visitar el sitio donde había sido asesinado el emperador Alberto, y que los descendientes de sus enemigos han llamado Koenigsfelden ó Campo del rey. Este campo, situado, como hemos dicho, sobre las riberas del Reuss se estiende hasta Windisch, la antigua Windonisa de los romanos, fundada por Germánico cuando sus campañas sobre el Rhin: la antigua ciudad de la que hoy no quedan mas ruinas que las que están ocultas en la tierra, cubria todo el espacio desde Hausen hasta Gebistorf, y se hallaba así á caballo montada sobre el Reuss en la confluencia del Aar y del Limmat.

Quince dias antes de mi llegada un labrador había roto con su arado un antiguo sepulcro, y encontrado en él los restos de un casco, de un escudo, y de una de aquellas espadas de cobre que solo los españoles sabían templar en el Ebro, y á las cuales daban corte superior al del hierro y al acero.

En el mismo sitio en donde espiró el emperador Alberto levantó su hija Inés de Hungría el convento de Koenigsfelden. En donde se ha colocado el altar estaba la encina contra la cual se apoyaba el emperador cuando su sobrino Juan de Snavia le atravesó la garganta de una lanzada. Inés hizo arrancar de raíz el arbol todo teñido aun con la sangre de su padre, é hizo hacer de él un cofre en el cual encerró los vestidos de luto que juró llevar todo el resto de su vida.

En derredor del coro están los retratos de veinte y siete caballeros arrodillados y orando, y son los nobles que murieron en la batalla de Sempach. Entre aquellos frescos hay un busto, y este busto es el del duque Leopoldo que quiso morir con ellos. Aquel coro que recibe la luz por once ventanas y cuyos vidrios de colores son maravillas de fines del siglo XV, está separado de la iglesia por una verja, y se pasa de esta á aquel para hallarse al pie mismo del sepulcro del emperador Alberto: es de

forma cuadrada y rodéalo una balastrada de madera pintada, y en las cuatro columnas de los ángulos están suspendidas las armas de los miembros de la familia imperial que reposan al lado de su gefe.

Ademas del emperador Alberto que perdió aquí la vida, dice la inscripción de la Lalastrada, aquella piedra cubre el cuerpo de su muger Isabel, nacida en Keintnd; de su hija Inés, que fué reina de Hungría; en seguida tambien el del duque Leopoldo que fué muerto en Sempach.

En torno de aquellos cadáveres imperiales yacen los restos del duque Leopoldo el viejo, y de su muger Catalina de Saboya, de su hija Catalina de Hasburgo, del duque de Lassen, del duque Enrique y de su muger Isabel de Vernburgo, los del duque Federico hijo del emperador Federico de Roma y de su esposa Isabel, duquesa de Lorena.

En derredor de estos y bajo las losas con blasones que los cubren, descansan sesenta caballeros de casco coronado, muertos en la batalla de Sempach; y por último en las capillas inmediatas, y formando un cuadro digno de aquel osario, están sepultados siete condes de Hasburgo y dos de Griffenstein á la derecha; y á la izquierda cuatro condes de Lauffemburgo y cinco de Reinach y de Brandis.

Resulta que si Dios permitiese que el emperador Alberto, se levantase de su tumba, y despertase á la corte mortuoria que le rodea, se hallaría seguramente el rey mas noble y mas bien acompañado de cuantos reyes ahora llevan el cetro y la corona.

En el momento que mis pies hollaban todas aquellas cenizas feudales, el hombre que me acompañaba vió que se acercaba la hora de visperas, y aunque nadie debía venir, tocó la campana, que es la misma que regaló al convento la princesa Inés. Le pregunté si se iba á celebrar algun oficio divino.—No: me respondió, tocó á visperas para los muertos; dejémoslos en su iglesia. Salimos.

Aquel hombre toca así tres veces al dia; la primera á la hora de la misa, la segunda á visperas, la tercera á las oraciones.

De allí pasamos al convento de Santa Clara, en donde se ve el cuarto en que entró á vivir Inés á los veinte y siete años de edad, con el corazón lleno de fuego y de venganza para no salir si no despues de haber orado medio siglo, y, segun dijo ella misma, purificada de toda mancha, para unirse con su padre á los ochenta y cuatro años de su vida.

Sobre la pared y fuera de la puerta de aquel cuarto, está pintado y en pie el retrato del loco de la reina, que se llamaba Henrik, y era del canton de Uri. Aquel retrato era sin duda una alusion de las alegrías, de los placeres y vanidades del mundo que al entrar Inés en su retiro dejaba fuera de su celda.

Aquella celda estuvo siempre desnuda,